

Tiempo, Experiencia y Muerte

Time, Experience and Death

Tempo, Experiência e Morte

Alejandro Tomasini Bassols

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Resumo

Meu ponto de partida neste escrito é o desejo de responder à questão de por quê estar morto por um dia é exatamente o mesmo que estar morto por milhões de anos. Na primeira parte do trabalho concentro-me em tentar explicar em que consiste especificamente a utilidade do conceito de tempo. Em seguida conecto minhas observações com uma declaração particularmente relevante e importante do Tractatus, que se refere ao fato de que a morte não é uma experiência. Em geral, meu ponto de vista é que “tempo” é acima de tudo um conceito organizacional, qualificação, etc (como “espaço”), ou seja, serve para colocar ordem em nossas experiências, pois nos permite coordenar a ordem ou a sequência dos eventos com minha subjetividade, isto é, com minha perspectiva particular da realidade. O conceito de tempo integra o que é frequentemente descrito como “tempo mental” e como “tempo físico” ou, como no caso de Wittgenstein, como o “tempo da informação” e “tempo da memória”. Com base nesta dicotomia, examino criticamente a concepção substancialista do tempo, que faz ‘tempo’ um nome, e isso da minha perspectiva é refutado. Por último, Exemplifico a utilidade do uso do termo ‘tempo’ na linguagem coloquial e concluo explicando porque o tempo não se aplica realmente a os mortos.

Palavras-chave: tempo; experiencia; morte; objetos; memória.

Resumen

Mi punto de partida en este escrito es el deseo de responder a la pregunta de por qué estar muerto durante un día es exactamente lo mismo que estar muerto durante un millón de años. En la primera parte del trabajo me aboco a tratar de explicar en qué consiste concretamente la utilidad del concepto de tiempo. Acto seguido, conecto mis observaciones con un pronunciamiento particularmente relevante e importante del Tractatus, referente a que la muerte no es una vivencia. De manera general, mi punto de vista es que el “tiempo” es ante todo un concepto organizativo, clasificatorio, etc. (como “espacio”), es decir, sirve para poner orden en nuestras experiencias, puesto que permite coordinar el orden o la secuencia de los acontecimientos con mi subjetividad, es decir, con mi perspectiva particular de la realidad. El concepto de tiempo integra lo que a menudo es descrito como “tiempo mental” y como “tiempo físico” o, como en el caso de Wittgenstein, como el “tiempo de la información” y el “tiempo del recuerdo”. Con base en esta dicotomía examino críticamente la concepción sustancialista del tiempo, la cual hace del ‘tiempo’ un nombre, y que desde mi perspectiva queda refutada. Por último, ejemplifico la utilidad del uso del término ‘tiempo’ en el lenguaje coloquial y culmino ofreciendo mi explicación de por qué efectivamente el tiempo no se aplica a los muertos.

Palabras clave: tiempo; experiencia; muerte; objetos; recuerdo.

Abstract

My starting point in this writing is the desire to answer the question of why being dead for one day is exactly the same as being dead for a million years. In the first part of the paper, I try to make clear what the usefulness of the concept of time really consists in. I then link my remarks with a particularly relevant pronouncement of the Tractatus to the effect that death is not an experience. Broadly speaking, my own view is that “time” is first and foremost an organizational and classificatory concept (similar to “space”), that is, it serves to put an order into our experiences, since it enables us to coordinate the order or sequence of events with my subjectivity, i.e., with my particular perspective of reality. The concept of time integrates what on many occasions has been labelled “mental time” and “physical time” or, in Wittgensteinian terminology, “information-time” and “memory-time”. On the basis of this dichotomy, I critically examine what could be called the ‘substantialist conception of time’, which makes ‘time’ a name, a view which in my opinion is refuted. Finally, I show by means of examples what the usefulness of the term ‘time’ in colloquial language consists in and I conclude by putting forward my explanation of why the concept of time has no application to the dead.

Keyword: time; experience; death; objects; memory.

Informações do artigo

Submetido em 17/04/2024
Aprovado em 04/05/2024
Publicado em 15/05/2024.

 <https://doi.org/10.25247/P1982-999X.2024.v24n2.p127-147>



Esta obra está licenciada sob uma licença
Creative Commons CC BY 4.0

Como ser citado (modelo ABNT)

BASSOLS, Alejandro Tomasini. Tiempo, Experiencia y Muerte. *Àgora Filosófica*, Recife, v. 24, n. 2, p. 127-147, maio/ago. 2024.

1 PROBLEMAS CON EL TIEMPO

Sin duda, uno de los conceptos de mayor circulación en el habla común es el de tiempo. Esto, dicho sea de paso, *ipso facto* muestra que se trata de un concepto fundamental para dar cuenta de nuestra concepción de la realidad. La noción de tiempo permea nuestro modo de hablar y, en verdad, de vivir. La palabra ‘tiempo’ aparece no sólo en múltiples expresiones comunes y simples, como ‘¿cuánto tiempo le queda al partido?’ o ‘¿cuánto tiempo dura el vuelo entre México y Buenos Aires?’, sino también en expresiones un poco más complejas, y a la vez sumamente equívocas, como ‘la flecha del tiempo’, ‘no tengo tiempo que perder’, ‘te queda poco tiempo para terminar el examen’, ‘el tiempo es oro’, ‘no se puede viajar en el tiempo’, etc. Ahora bien, es importante notar que todas estas expresiones invitan (aunque no fuerzan) a una lectura sustancialista de la supuesta denotación de la palabra ‘tiempo’, una lectura tan fácil como injustificada. Por lo pronto y en lo que a nosotros atañe lo único que con confianza podemos afirmar acerca de nuestro concepto de tiempo es que éste queda delineado por nuestro uso de la palabra ‘tiempo’ y sus derivados. Por otra parte, es incuestionable, supongo, que nuestro lenguaje está perfectamente en orden, es decir, **funciona** perfectamente bien, pero esto significa que nuestro concepto de tiempo no plantea problemas de aplicación, es decir, no da lugar a ambigüedades, a contradicciones, a huecos explicativos. En general el problema, en este como en múltiples otros casos, consiste en que, por una parte, todos los hablantes empleamos sistemáticamente de manera correcta una cierta noción sólo que, por la otra, somos incapaces de dar cuenta de ella. Lo que esto quiere decir es simplemente que no tenemos una representación perspicua de sus reglas de uso. Este ensayo es precisamente un esfuerzo por contribuir, aunque sea mínimamente, al esclarecimiento de nuestro concepto de tiempo.

Es obvio que para el tratamiento de nuestro tema habría sido muy útil disponer de alguna especie de video de la gestación de nuestro concepto de tiempo. Ello de inmediato nos habría hecho entender que dicho concepto se fue formando muy poco a poco, es decir, que éste no pudo aparecer sino hasta que quedaron asentadas sus presuposiciones de existencia y ello ciertamente no se dio en forma súbita. Pero ¿cuáles son dichas “presuposiciones de existencia”? En primer lugar, los hablantes primerizos u originarios tuvieron que desarrollar

las conjugaciones verbales, pues fue con éstas que aparecieron los “tiempos” de los verbos y sería absurdo negar que éstos son relevantes para nuestra comprensión del tiempo; por lo menos igual de relevantes que el simple sustantivo ‘tiempo’. Esto es interesante, porque hace ver que pretender dar cuenta del tiempo considerándolo “en sí mismo”, o sea, en forma aislada, en lugar de verlo como algo esencialmente conectado con y dependiente del lenguaje, de las acciones humanas y del cambio en el mundo es de entrada errar el camino. El esclarecimiento del concepto de tiempo es imposible al margen de consideraciones de orden praxiológico. Sin embargo, aunque sin duda la labor de rastreo y reconstrucción efectuada por los filólogos podría resultar ilustrativa e interesante, lo cierto es que las explicaciones que ellos son susceptibles de proporcionar aparte de ser sumamente fragmentarias son en última instancia irrelevantes para las disquisiciones filosóficas estándar, no digamos ya para el análisis conceptual. De manera que, aunque en principio interesante, la filología, por especializada que sea, difícilmente podría contribuir a la clarificación del concepto de tiempo.

En cambio, preguntarnos por la **utilidad** que presta el concepto de tiempo aquí y ahora es todo menos irrelevante. Dada la complejidad de su proceso de gestación podemos ignorar las preguntas acerca de la formación de dicho concepto, pero ciertamente no podemos ignorar las aplicaciones concretas que los usuarios del lenguaje hacemos de él. Podemos desinteresarnos de la cuestión dónde o cómo se fue gestando, pero no de la pregunta de para qué nos sirve. En verdad, la primera pregunta que deberíamos plantearnos es: ¿a qué necesidad responde el concepto de tiempo? ¿Para qué se le construyó? ¿Por qué las comunidades lingüísticas originarias sintieron la necesidad de disponer de un concepto así? ¿Qué nos faltaría, qué no podríamos expresar si careciéramos de él? Preguntas así son importantes porque automáticamente hacen ver que multitud de teorías del tiempo están internamente incapacitadas para responder a interrogantes como esos y ‘por lo tanto están *ab initio* desencaminadas. Por lo pronto, yo pensaría que puede afirmarse con relativa seguridad que la palabra ‘tiempo’ no fue acuñada para nombrar ningún “gran contenedor” ni para aludir a una serie infinita de instantes ni nada que se les parezca. Nociones como esas no constituyen el juego de lenguaje original de la palabra ‘tiempo’. Más bien, concepciones como esas brotan de manera natural

de una lectura del significado del sustantivo 'tiempo' de acuerdo con la cual su función principal, si no es que la única, sería la de designar un "algo" que es relativamente fácil de identificar. Me inclino a pensar que ese enfoque es completamente erróneo. Frente a concepciones como esas, propongo defender una concepción que podríamos llamar "organizativa" del concepto de tiempo. Desde mi perspectiva, éste (como el de espacio, dicho sea de paso) es ante todo un instrumento configurado en nuestros esfuerzos por tener una visión ordenada, sistematizada, regulada, esto es, no caótica del mundo y de la vida. En otras palabras, el concepto de tiempo es, por así decirlo, no denotativo. Esto, desde luego, no nos compromete con la tesis metafísica del tiempo como algo irreal. Nada más alejado de nuestros propósitos que defender tesis metafísicas, independientemente de lo que con ellas se pretenda aseverar.

Son múltiples y muy variados los interrogantes que podemos hacernos acerca del tiempo, pero uno que a mí me impulsó a examinar el tema tiene que ver con lo que desde las concepciones sustancialistas forzosamente reviste la forma de una paradoja. La idea del tiempo que quisiera defender responde a un intento por liberarnos de dicha paradoja. Pero ¿de qué paradoja hablamos? Escuetamente presentado, el problema es el siguiente: las concepciones realistas del tiempo rechazan la idea de que la realidad del tiempo dependa de uno u otro modo de la existencia humana, y en verdad del mundo. Ahora bien, consideremos rápidamente un caso particular, digamos el de Julio César. A diferencia de lo que pasa con nosotros, en lo que a César atañe da exactamente lo mismo que lleve más o menos 21 siglos de muerto que si acabara de ser asesinado y llevara, digamos, un día de fallecido. De alguna manera, por alguna extraña razón, lo cierto es que una vez muertos el tiempo deja de valer o, por así decirlo deja de ser, de tener realidad, signifique eso lo que signifique. Es claro entonces que el defensor de una visión sustancialista del tiempo no puede explicar esa rareza puesto que, muerto o no, el tiempo debería seguir siendo vigente para todos por igual, puesto que de lo contrario quedaría vinculado a y se volvería dependiente de la subjetividad humana. Ya en el *Tractatus Logico-Philosophicus* Wittgenstein había apuntado al problema y había insinuado una

línea de respuesta cuando afirma que *Con la muerte, el mundo no cambia sino que termina*¹.

La posición de Wittgenstein en el *Tractatus* es problemática porque si bien se sostiene que el espacio y el tiempo son propiedades formales o internas, esto es, necesarias del mundo, también se esboza una concepción eminentemente solipsista de la realidad. Pero entonces si el mundo se acaba con él se acaban también el tiempo y sus propiedades, tanto los materiales como las formales. Aquí hay una tensión que es importante superar. Se podría entonces quizá parafrasear la posición de Wittgenstein afirmando lo siguiente: la noción de tiempo sólo es útil, sólo tiene vigencia mientras haya vida, es decir, mientras el concepto de mundo tenga aplicación, pero si el mundo se acaba entonces la idea de tiempo deja *eo ipso* de tener aplicación, es decir, pierde toda su utilidad. Esto, naturalmente, sugiere que toda visión sustancialista del tiempo, toda concepción del tiempo como algo real e independiente del lenguaje y de la vida humana **tiene** que estar equivocada. El problema es, pues, cómo vincular el tiempo con la existencia humana sin volverlo subjetivo. ¿Cuál es la descripción correcta de dicha vinculación y cómo podemos saber que finalmente logramos enunciarla? Sobre la problemática concerniente a las relaciones entre la realidad, el tiempo y la muerte diré unas cuantas palabras más abajo.

2 EXPERIENCIA, MEMORIA, OBJETOS Y TIEMPO

Si, como argumentaré en lo que sigue, el concepto de tiempo efectivamente es de carácter eminentemente organizativo (clasificador, sistematizante etc.), lo primero que tenemos que preguntarnos es: ¿qué es lo que el concepto “tiempo” ayuda a organizar y, a través de dicha ordenación, a manipular? La respuesta es doble: por una parte, ayuda a poner orden en nuestras experiencias y a coordinarlas con las de los demás y, por la otra, permite clasificar los sucesos, los hechos, las cosas del mundo y ello básicamente desde la perspectiva de las acciones humanas. Esto exige que hagamos ciertos recordatorios.

¹ L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*. London: Routledge and Kegan Paul, 1978. 6.431.

El concepto de tiempo es complejo, porque la concepción organizada y acabada de nuestra realidad exige que recurramos a por lo menos dos modos de identificación de objetos. El lenguaje natural versa sobre los objetos del mundo, pero cada hablante que se refiere a dichos objetos accede a ellos desde su perspectiva particular y por ende vía sus propios canales cognoscitivos (percepción sensorial). Ejemplifiquemos el caso. Tenemos por una parte aseveraciones como

*Allí está estacionado un carro rojo
y por la otra afirmación como
Tengo en mi campo visual una mancha roja fija.*

En otras palabras, yo como cualquier otra persona/hablante identifico un objeto del mundo gracias a mis impresiones sensoriales y lo describo como ‘auto rojo estacionado’. Mis impresiones sensoriales me impulsan a usar las palabras apropiadas previamente interiorizadas, fenómeno socialmente determinado. Lo importante es que es gracias a sus impresiones sensoriales que la persona puede hablar de objetos independientes de él, si bien también puede querer ocasionalmente describir su vivencia misma, para lo cual habla no de objetos sino de los contenidos de su experiencia, de sus impresiones sensoriales. Ahora bien, esta distinción entre el lenguaje de objetos y el lenguaje de sensaciones, percepciones y demás ha inducido a pensar que hay algo así como un “espacio fenomenológico” que sería el espacio de las experiencias inmediatas, de esas vivencias que cada quien tiene y cuyo contenido no comparte ni puede compartir con nadie. El gran problema epistemológico desde siempre ha sido precisamente el de conciliar la subjetividad y la privacidad de la experiencia con la objetividad y el carácter público de los objetos y de los hechos que conforman. Esta dificultad, sin embargo, es obviamente el resultado de una incomprensión radical, una incomprensión que en realidad sólo con Wittgenstein se logró superar. La clave de la resolución del supuesto problema consiste en entender que no sólo no necesitamos de ningún “lenguaje fenomenológico”, lenguaje que, dicho sea de paso, no ha sido al día de hoy elaborado por nadie, sino en darnos cuenta de que de hecho ya disponemos **en** el lenguaje natural de los instrumentos y mecanismos que se requieren para poder hablar de nuestros pensamientos más íntimos, de nuestras sensaciones más tenues, de nuestras

imágenes más vívidas y de modo tal que todos nos comprendemos unos a otros. Es simplemente falso que el lenguaje comporte un hueco que dé lugar a un vacío lingüístico y, por consiguiente, que hay algo real, interno a nosotros pero que, por ser privado y de acceso privilegiado, no podemos expresar **en** el lenguaje común. Esa forma de explicar la experiencia tiene todas las apariencias de un relato mitológico típico de la filosofía y en todo caso es innegable que los hablantes normales han tenido permanentemente a su disposición los instrumentos lingüísticos indispensables para expresar todo lo que quieran o hayan querido decir. El *quid* del asunto consiste en entender que si podemos hablar de nuestras sensaciones es porque ya nos ubicamos en el plano del lenguaje natural, esto es, ya somos usuarios de un simbolismo que los demás comprenden y a su vez usan. Podría preguntarse: ¿por qué entonces tenemos dos sistemas lingüísticos, el sistema de los objetos y el de las sensaciones? Por la sencilla razón de que, a pesar de que compartimos una plataforma lingüística objetiva que en general funciona, de todos modos, **pueden** darse conflictos, reportes contradictorios, informes perceptuales equivocados, etc. El lenguaje recoge y permite la expresión lingüística de impresiones sensoriales erradas, vagas, falsas. Así, por ejemplo, puedo decir que, aunque el carro estacionado es rojo en aquel momento de la tarde yo lo vi más bien como rosáceo. En todo caso, siempre que se produzcan conflictos en los reportes de percepción se puede de todos modos proporcionar explicaciones de por qué surgieron, puesto que tanto el lenguaje factual como el lenguaje de la subjetividad son parte integral de esa gran maquinaria que es el lenguaje natural, el lenguaje de todos.

Nuestra siguiente pregunta es entonces: ¿cómo aparece o interviene aquí el tiempo? Lo primero que tenemos que entender es que el rol del concepto de tiempo es similar al rol del concepto de espacio, sólo que cumplen funciones distintas: uno sirve para imponer un orden en los objetos en tanto que el otro sirve para imponer un orden en nuestras experiencias de los objetos. Tenemos que entender, en concordancia con la realidad factual y con la realidad de nuestra particularidad cognoscitiva, que hay potencialmente dos formas temporales de imponer un orden. Está, por una parte, el orden del cambio en los objetos y, por la otra, el orden de nuestro posicionamiento frente a ellos. Nuestra vida psicológica se compone de una sucesión de eventos que se almacenan gracias a la memoria. Ahora bien, la idea de recuerdo es la idea de un

almacenamiento **ordenado**, un ordenamiento que permite emitir juicios verdaderos en relación con lo que pasa con los objetos. Lo que tenemos en la memoria no es un mero montón de datos, imágenes y demás, sino un sinnúmero secuenciado, ordenado de impresiones, imágenes, sensaciones y demás. Lo mismo sucede con los procesos y fenómenos del mundo externo. Es aceptable la idea de que éstos están sometidos a un cierto orden “natural”, pero entonces lo que se necesita en relación con ellos es imponer una especie de malla que permita ordenarlos, determinar (por así decirlo) a qué velocidad se mueven, cómo se mueven o cambian unos en relación con los restantes etc. Por otra parte, tenemos las descripciones de experiencias desde la perspectiva del sujeto, inmersas dichas descripciones en un marco general compartido por los miembros de la comunidad lingüística a la cual pertenece el sujeto en cuestión. Esto explica por qué la idea de tiempo se desdobra de manera natural en dos grandes modalidades a las que B. Russell denominó ‘tiempo físico’ y ‘tiempo mental’ y que posteriormente, como veremos, Wittgenstein rebautizó como ‘tiempo de información’ y ‘tiempo de memoria/recuerdo’. Ahora bien: ¿cómo operan estas nociones?

Quizá no esté de más insistir en que nada de lo que hemos dicho nos compromete ni con la idea metafísica del tiempo como algo existente o real totalmente independiente de la experiencia del mundo ni con la idea metafísica del tiempo como algo irreal. Lo que, siguiendo a Russell identificamos como ‘tiempo mental’ y a Wittgenstein como ‘tiempo de memoria/recuerdo’ alude al hecho de que **para el sujeto hablante cognoscente**, es decir, **para nosotros los hablantes** hubo cosas o eventos que fueron en algún momento futuros, es decir, no se habían todavía producido, fuimos testigos de ellos y fueron presente y, esa es la forma de decirlo, desfilando ante nosotros desaparecieron o se hundieron en el pasado. Tenemos entonces, asociadas con nuestras vivencias o experiencias, la serie “pasado/presente/futuro”. Cada quien recuerda sus vivencias, pero recordar obviamente no es viajar al pasado para volver a tenerlas por segunda vez. El recuerdo es más bien, como acertadamente lo indicó Norman Malcolm, la retención del conocimiento². Ahora bien, al recordar algo

² Véanse las importantes aportaciones de Normal Malcolm, “Memory and the Past”, “Three Forms of Memory” y “A Definition of Factual Memory” en su libro *Knowledge and Certainty. Essays and Lectures* (Ithaca/London: Cornell University Press, 1963).

actualizamos datos y presentamos **ahora** dicha recolección usando los verbos **en pasado**. Decimos cosas como: *Sí, recuerdo claramente en qué cine vi esa película.*

Así, pues, hablar congruentemente de los hechos y fenómenos del mundo exige que se disponga de diversos modos de ordenarlos y ambos, por así decirlo, se desdoblan en dos modalidades. Uno de esos modos, ya lo mencionamos, es el espacial. Al decir algo como 'la silla está entre la mesa y la ventana', lo que hacemos es presentar de golpe tres objetos ordenados de una determinada manera, pero nos referimos a ellos usando nuestro aparato perceptual. Lo mismo pasa, *mutatis mutandis*, con el tiempo: necesitamos una forma de ordenar objetos que sea tan objetiva como la espacial sólo que diferente, es decir, en relación no con posiciones sino con orden de aparición. Por eso en relación con el ordenamiento el lenguaje natural provee la serie "antes/ahora/después", acompañada claro está de una "métrica" particular, la cual puede ir cambiando (el sol, los relojes, etc.). Y está, por otra parte, el posicionamiento de los objetos frente a nosotros como siendo futuros, presentes o pasados. Huelga decir que para dar cuenta de la experiencia integral es tan indispensable la serie "antes/ahora/después" como la serie "pasado/presente/futuro". Naturalmente, las dos series tienen lógicas distintas. La serie "antes/ahora/después" es "objetiva", como lo es la posición espacial de los objetos, es decir, las secuencias de los sucesos son públicas, sus intervalos pueden ser medidos o calculados de un modo que valga para todos, en tanto que la serie "pasado/presente/futuro" es más bien relativa al hablante. Obviamente, esto genera discrepancias. Por ejemplo, para Napoleón la batalla de Waterloo fue presente al momento de pelearla, pero para nosotros es ahora pasado. Esto, sin embargo, no es más extraño que el hecho de que dos personas perciban el mismo objeto como poseyendo formas diferentes porque las ven desde puntos de vista distintos. De ahí que lo más absurdo que podría hacerse sería inferir que el tiempo de la memoria muestra que un mismo "objeto" de recuerdo, como la batalla de Waterloo, es simultáneamente tanto presente como pasado y futuro. Es obvio que la percepción espacial es tan relativa a los sujetos percipientes como la percepción temporal y que es sólo cuando se hace uso de **ambas** series que puede decirse que se da cuenta cabalmente de la experiencia de los hechos del mundo de manera integral o total.

No estará de más enfatizar, sobre la base de lo dicho, que nada en nuestra descripción de la utilidad de la noción de tiempo autoriza a pensar que hablar del tiempo es hablar de un “algo”, una sustancia especial, algo existente independientemente de nuestras experiencias y de las cosas y los hechos del mundo, un algo que en algún sentido sería como a menudo se entiende el espacio sólo que de otra naturaleza. Yo creo que es evidente que hablar del tiempo por ejemplo a la Newton, esto es, como siendo uno de los dos grandes “contenedores” de todo lo que hay, no es más que una forma metafórica y equívoca de hablar fundada en una interpretación sustancialista propiciada por la teoría clásica del significado, esto es, lo que desde las *Investigaciones Filosóficas* quedó identificado como la ‘teoría agustiniana del lenguaje’. Esta idea del tiempo se funda en **interpretaciones** filosóficas, es decir, en interpretaciones de significado de palabras sólo que desligadas por completo de sus aplicaciones. Los problemas no tienen que ver con las expresiones en sí mismas, las cuales en general son perfectamente legítimas, como por ejemplo cuando decimos que ‘las cosas están o suceden **en** el tiempo’, sino con las lecturas descontextualizadas de lo que se considera que son sus sentidos. Lo que en realidad la expresión en cuestión significa, sin embargo, es simplemente que la cosa o el fenómeno del que se habla es ubicable en la serie “antes/ahora/después” **y** es desde la perspectiva del hablante o de la comunidad lingüística una cosa o un evento pasado, actual o futuro. Que un objeto sea temporal sólo quiere decir que podemos dar sus coordenadas en términos de las dos series temporales ya mencionadas.

Lo anterior está conectado con otra línea de argumentación potencialmente destructiva de la concepción sustancialista del tiempo, pero que aquí sólo esbozaré. La idea es la siguiente: cualquier objeto real está sometido a diversas relaciones “causa-efecto”: el objeto de que se trate **es** efecto de diversas causas y causa de diversos efectos. Cuáles sean los roles que desempeñen los objetos en sus respectivos sistemas de relaciones causales es un asunto que se determina empíricamente, pero hay algo que sabemos *a priori* y es que, sean cuales sean sus conexiones “causa/efecto”, todo objeto genuino tiene que mantener **alguna** relación de carácter causal con otros objetos, en ocasiones como efecto y en ocasiones como causa. Ahora bien, el tiempo no es ni causa ni efecto de nada. El tiempo no mantiene relaciones causales con nada.

El tiempo no es un factor causal ni es efecto de nada. Pero si ello es efectivamente así, entonces el tiempo no es un objeto, en ningún sentido inteligible del término.

He argumentado que la estrategia general más errada en relación con el tiempo es la de pretender hablar de “el tiempo” y de examinarlo en forma aislada. Un enfoque así sólo puede dar lugar a posiciones sustancialistas y, por ende, a mitos filosóficos. Por ello es importante no perder de vista el hecho de que el concepto de tiempo forma parte de una familia de nociones, de que está entrelazado con ellas y de que es sólo en conexión con ellas que opera y es útil. Preguntemos entonces: ¿qué nociones presupone? De alguna manera ya anticipamos la respuesta: nociones sin las cuales el concepto de tiempo ni siquiera se constituiría son “experiencia”, “mundo”, “objetos”, “cambio” o “movimiento” y, como veremos, “muerte”. Tenemos, pues, que volver a Wittgenstein y examinar algunos de sus puntos de vista.

3 ALGUNOS PUNTOS DE VISTA DE WITTGENSTEIN

Como ya lo señalamos, Wittgenstein (una vez más) inicia su investigación, en este caso sobre el tiempo, retomando una distinción conceptual trazada por Russell, a la que, como tan a menudo sucede, trasmuta y afina. Así, por ejemplo, el “tiempo mental” de Russell se convierte en el “tiempo de la memoria/recuerdo”³ y el “tiempo físico” en el “tiempo de información”. Podría preguntarse: ¿se gana algo con un mero cambio de nomenclatura? La respuesta es: sí y mucho. Al rechazar la etiqueta ‘tiempo mental’, Wittgenstein recupera la intersubjetividad del lenguaje de las remembranzas y por ende la objetividad del recuerdo, el cual se vuelve un evento lingüístico y cognoscitivo sujeto a reglas. Al sustituir la expresión ‘tiempo físico’ por la de ‘tiempo de información’, Wittgenstein elude toda insinuación de que sea la física la ciencia encargada de aclararnos lo que el tiempo es. Desde luego que hay teorías científicas acerca del tiempo, pero todas se fundan en el concepto natural de tiempo, que es el que

³ Debería tenerse presente que el término inglés ‘memory’ se puede traducir al español como ‘memoria’, que es una facultad cognoscitiva, o como ‘recuerdo’, que es un acto lingüístico y cognoscitivo concreto. En el caso de la expresión ‘Memory Time’, creo que ambas traducciones son viables dependiendo de lo que se quiera enfatizar.

a nosotros nos interesa elucidar. Qué teorías “técnicas” del tiempo surjan es algo que dependerá de los requerimientos teóricos de las diversas disciplinas científicas. De seguro que hay una teoría del tiempo para la física cuántica que no es equivalente ni reducible a la concepción del tiempo-información de la vida cotidiana. Lo que hay que entender es que teorías así tienen sus contextos de aplicación fuera de los cuales son simplemente asignificativas. Permitir tener claras estas distinciones son beneficios que se obtienen por el “mero” cambio terminológico.

Sería absurdo cuestionar el hecho de que alguien que realizó excelentes trabajos exegéticos de la obra de Wittgenstein fue J. Hintikka. Curiosamente, sin embargo, cuando el tema es el tiempo a mí me parece que Hintikka comete un error inmenso al presentar el punto de vista de Wittgenstein como si éste estuviera **confrontando** el tiempo de memoria/recuerdo con el tiempo de información. Eso sería así **sólo si** Wittgenstein considerara que el tiempo de memoria/recuerdo es un tiempo de estados fenomenológicos, de estados “mentales” en el sentido filosófico usual y, por ende, de estados privados. Pero esa **no** es la posición de Wittgenstein. Con éste quedó definitivamente superada la problemática filosófica de la privacidad de la experiencia⁴. Ahora podemos entender por qué puedo hablar de mi impresión de rojo y todos me entienden, así como yo puedo entender sin problemas cuando alguien me dice que le duele la muela. La explicación última es que el discurso en primera persona **es parte** del lenguaje natural y está sometido a reglas que todos los hablantes normales interiorizaron, aplican y comprenden. No hay contraposición o rivalidad alguna entre el tiempo de memoria/recuerdo y el tiempo de información. Al contrario: en ambos casos se da lugar a series que ordenan los eventos, sucesos o hechos de modos diferentes **y** complementarios. Es relativamente obvio, en mi opinión, que tanto la serie <pasado/presente/futuro> como la serie <antes/ahora/después> son tan irreducibles una a la otra como indispensables. Demos un ejemplo.

Consideremos el suceso *Napoleón perdió en junio de 1815, en las praderas al sur de Bruselas, la crucial batalla de Waterloo*. ¿Cómo ubico yo este suceso en mi cuadro de la realidad? Recuerdo, porque lo leí, que eso pasó y

⁴ A este respecto, véase mi artículo “Intelligibility and Objectivity of Psychological Language” en *Global Journal of Human social Science, Linguistic and Education*, v. 21, Issue 3. Version 1.0, 2021.

justamente al emplear el verbo 'perder' en pasado automáticamente indico que ubico dicho suceso entre los eventos del pasado. Hasta aquí lo que tengo es, por así decirlo, un paquete repleto de hechos pasados, pero todos amontonados. Son tan pasados el asesinato de César en el Foro Romano como la derrota de Napoleón en Waterloo, pero es evidente que esa mera clasificación no basta. Necesitamos imponer un orden porque queremos poder responder a preguntas como: ¿qué suceso pasado ocurrió primero: la derrota de Napoleón o el asesinato de César? Se necesita para ello un orden temporal secuencial no nada más de posicionamiento temporal y es por eso que tenemos que recurrir a la otra serie, esto es, a la serie <antes/ahora/después>, la cual viene en parte constituida por una métrica particular. Ésta puede variar, pero en general la que usamos es la conformada por las nociones de segundo, minuto, hora, día, semana, mes y año solar. Estas nociones proporcionan reglas para secuenciar los eventos desde la perspectiva de la serie <antes/ahora/después>. Es importante observar en este punto que si algo es pasado para alguien es porque también lo es para su comunidad lingüística, pero no ahondaré sobre esta vinculación. Por ahora nos basta con entender que es sólo recurriendo a **ambas** series como los sucesos del mundo se vuelven realmente inteligibles, cognoscibles para nosotros, es decir, objetos de conocimiento. Por consiguiente, lo más absurdo que se podría sugerir es que hay alguna clase de conflicto o de prioridad entre las dos series temporales. Es descabellado pensar que la serie <pasado/presente/futuro> automáticamente remite a un espacio privado de mentalidad. Esa es una **interpretación** filosófica del lenguaje de la temporalidad que sólo generaba paradojas e incomprensiones y que urgía ya suprimir o superar de una u otra forma. Ese justamente de ese pseudo-conflicto que Wittgenstein nos libera y en el que, sorprendentemente, Hintikka pretende volver a hundirnos.

Vale la pena enfatizar el hecho de que en los recuerdos o hechos de memoria de un sujeto éste tiene prioridad, *i.e.*, la prioridad que siempre otorga el uso del lenguaje en primera persona, pero no se le concede infalibilidad ni son sus expresiones de recuerdo necesariamente incorregibles. Es evidente que al hablar de lo que sucedió podemos equivocarnos y se nos puede corregir. Aquí hay dos clases de errores que tenemos que distinguir. Por una parte, si alguien afirma recordar algo que no pasó y lo hace de manera sistemática o bien es una

persona que no aprendió a usar el lenguaje correctamente (los verbos en pasado, por ejemplo) o bien se trata de alguien que padece alguna clase de trastorno mental. Esta clase de casos no sólo es numéricamente mínima sino que no apunta a errores propiamente hablando y es por lo tanto irrelevante para nuestro tema. En cambio los errores de la otra clase son mucho más comunes y sobre todo, son errores genuinos. El punto es que la memoria constantemente nos falla y afirmamos recordar algo que **recordamos mal**. Es perfectamente imaginable que se le diga a alguien que insiste en afirmar que recuerda una situación de cierto modo algo como: “No, estás equivocado. Él no pudo haber estado en esa comida, porque fue sólo al otro día que llegó del extranjero. Él estuvo presente en la siguiente reunión’. Errores como el del ejemplo le suceden a todos todos los días. Ahora bien, la posibilidad del error y de ser corregido indica precisamente que el tiempo de memoria/recuerdo está sometido, como todo lo que tiene que ver con el lenguaje, a reglas que todo hablante normal interioriza y sistemáticamente aplica y respeta. El lenguaje natural no privilegia en ningún contexto a ningún hablante.

En resumen: el concepto de tiempo se desdobra en dos grandes series temporales, las cuales constituyen una métrica particular para ordenar de un modo no espacial experiencias y objetos; presuponen el manejo fluido de los verbos en sus diversos tiempos y, más en general, el uso correcto del lenguaje. Al margen del armatoste conformado por todas las técnicas lingüísticas relevantes, la idea de tiempo no parece tener mayor relevancia o realidad. Antes de concluir estas consideraciones, quisiera efectuar un veloz análisis de diversas expresiones en las que el concepto de tiempo de una u otra forma aparece.

4 LO QUE EL TIEMPO NO ES

Partimos de la idea de que para que podamos hablar de experiencia en el sentido en el que nosotros la entendemos se necesita imponer tanto un orden espacial como uno temporal, pues de lo contrario lo que tendríamos sería un cuadro caótico de vivencias y careceríamos de un concepto inteligible de experiencia. En relación con el espacio necesitamos encontrar una forma de ordenar los objetos de manera que sus relaciones, por así decirlo, se objetivicen para nosotros. Para esto establecemos sistemas de mediciones, siendo el más

popular el sistema métrico. Podemos entonces ubicar a los objetos, enunciar sus distancias, describir sus diferentes posiciones, tanto entre ellos como en relación con nosotros, los sujetos de las experiencias, los sujetos percipientes, es decir, las personas. Por otra parte, es cierto que tenemos la percepción interna de secuencias de experiencias, de que unas cosas aparecen antes, simultáneamente o después de otras, pero dichas secuencias no están debidamente ordenadas. Es obvio que si la experiencia E_1 es anterior a la experiencia E_2 , siempre será el caso de que E_1 es anterior a E^2 , pero lo que no podemos asegurar es que la, por así llamarla, 'distancia temporal' entre la experiencia E_1 y su sucesora E_2 es idéntica a la relación entre E_2 y su sucesora, esto es, E_3 . Es innegable que tenemos la sensación de secuencia, pero no la de **secuencia** exacta, de secuencia **medida**. Es entonces para poner orden en nuestras experiencias que construimos un sistema de medición no espacial, esto es, un sistema que recoge el orden de nuestras vivencias pero que al imponerles una red permite introducir un orden objetivo y compartible, es decir, un orden objetivo que rige a la subjetividad. Así como las relaciones espaciales son una métrica para ordenar y hacer inteligibles y manipulables los objetos del mundo, así también el tiempo objetiviza nuestras vivencias y las vuelve inteligibles y compartibles. Es, pues, perfectamente defendible la idea empirista de que nuestros conceptos de espacio y tiempo tienen su origen en la experiencia, pero de eso no se sigue que tengamos experiencia de aquello que nombran. Desde esta perspectiva, ni el espacio ni el tiempo son "cosas", "sustancias", "entidades". Podemos por ello afirmar que la concepción sustancialista del tiempo, por ejemplo, la idea de que vivimos **en** el tiempo y de que por lo tanto el tiempo tiene que ser un "algo", es completamente errada y está destinada a fallar como intento de explicación.

Nuestro enfoque permite también dar cuenta de la relatividad del tiempo, es decir, permite explicar la utilidad de la serie <pasado/presente/futuro>. El hecho de que un sujeto percipiente vea como cuadrada una mesa si la ve desde arriba en tanto que otro la ve como una línea recta ancha si la ve de perfil no significa ni implica que entonces la mesa es simultáneamente un objeto cuadrado y una línea ancha. Obviamente, qué aspecto presente dependerá del lugar desde el cual el sujeto la perciba. Lo que sí podemos asegurar es que, si dos personas se colocan en la misma posición frente a la mesa, entonces sus percepciones

serán idénticas. Lo mismo pasa con el tiempo, sólo que en este caso lo que es relevante son las vivencias del sujeto y su pertenencia a una determinada comunidad lingüística. Para una persona que vive ahora la pandemia es un fenómeno presente, pero para los hombres del Medioevo dicho fenómeno era y será siempre futuro, así como para los seres humanos del siglo XXII la pandemia actual es y será siempre un suceso o periodo pasado. Pero lo que es absurdo es inferir a partir de estas diferencias de perspectiva que entonces la pandemia es simultáneamente pasada, presente y futura sobre la base de que la estructura del sistema de experiencias de cada sujeto también es relevante. Así como no se pueden ver simultáneamente todos los aspectos que puede presentarle un objeto a un sujeto percipiente, tampoco se puede vivir ningún evento simultáneamente en pasado, presente y futuro. Por ello es tan absurdo desentenderse de la ubicación espacial del sujeto para hablar de los aspectos de las cosas como ignorar el sistema <pasado/presente/futuro> de las experiencias de un sujeto para hablar del ordenamiento de los objetos de acuerdo con la serie <antes/ahora/después>. Las confusiones surgen por el hecho de que al hablar del tiempo y del espacio se tiende a cosificarlos, esto es, a hablar de ellos con total independencia de los sujetos percipientes, de los sujetos de las experiencias, y se tiende a olvidar el hecho de que lo que está en juego es precisamente la experiencia humana y su inteligibilidad. Otra conclusión que podemos con certeza extraer de estas disquisiciones es que quien pretende dar cuenta del tiempo considerándolo en forma aislada, es decir, en sí mismo, comete de entrada un error fundamental y decisivo. Quien en él incurre tiene automáticamente que enfrentar un sinnúmero de pseudo-problemas y para los pseudo-problemas no hay soluciones imaginables. Si errores así se evitan, se evita, entonces las probabilidades de comprender a cabalidad de qué hablamos cuando hablamos del tiempo se incrementan considerablemente⁵.

⁵ es curioso el hecho de que en español se tiene una sola palabra, a saber, 'tiempo', para lo que en inglés se tienen tres. en efecto. 'tiempo' se puede traducir al inglés como 'time', como 'weather' o como 'tense'. si este dato tiene alguna significancia para nuestro tema, si hay alguna conexión filosóficamente interesante entre esos tres conceptos de tiempo que el idioma inglés hace explícitos y el español oculta es algo sobre lo que no he reflexionado mayormente y sobre lo cual, por lo tanto, no me pronunciaré.

5 APLICACIONES DE 'TIEMPO' Y CONCLUSIONES

El concepto de tiempo emerge de nuestro uso de las expresiones de temporalidad y se analiza básicamente en términos de dos series temporales, a saber, <pasado/presente/futuro> y <antes/ahora/después>, así como del uso de los verbos. Ahora bien, cuando aludimos a verbos a menudo aludimos a actividades o a acciones, es decir, a lo que hacemos y esto significa que el concepto de tiempo está internamente ligado al concepto de acción. De ahí que el concepto de tiempo no tiene como función denotar una entidad o sustancia especial, sino que su utilidad se deriva de su aplicación en conexión con lo que los usuarios del lenguaje **hacen o dejan de hacer**. Ilustremos esto por medio de algunos ejemplos.

a) 'No tengo tiempo que perder'. Obviamente mediante esto no se quiere decir que no queremos perder una determinada cantidad de segundos o de instantes. Eso suena absurdo. Más bien, lo que queremos decir es algo como "tengo muchas cosas que hacer, que son para mí importantes y no quiero, por lo tanto, sustituirlas por otras que me impedirán hacer lo que tengo que hacer y deseo hacer". Aquí la idea de tiempo es empleada para priorizar actividades y permite expresar el rechazo de hacer algo en detrimento de otras cosas que también se quiere hacer.

b) 'El tiempo es oro'. Es obvio que una lectura literal es un sinsentido. No hay tal cosa como lingotes de tiempo. No obstante, en su utilización normal la expresión ciertamente es no sólo significativa sino muy útil. Lo que se quiere decir mediante ella es que es absurdo pasarse la vida sin hacer nada, sin contribuir a la transformación de nuestro entorno, sobre todo porque nuestra existencia es de duración limitada. No podemos darnos el gusto de "desperdiciar el tiempo" porque, en términos de actividades, ello equivale a decir que no estamos haciendo nada, que estamos desperdiciando la vida. Eso es lo que se quiere decir con esa expresión. Ciertamente no se alude mediante ella a nada "metafísico".

c) 'Con el tiempo comprenderás que actuaste mal'. ¿Para qué emplearía alguien una expresión así? Es obvio que el hablante en cuestión no está queriendo decir que después de transcurrido un número

determinado de segundos, de horas, de días o de años, como por arte de magia alguien, por el mero hecho de la sucesión de instantes, súbitamente comprenderá algo. No es para eso que se emplea esa expresión. Más bien, lo que por medio de ésta se pretende transmitir es un reproche, una advertencia, una predicción en el sentido de que sólo después de haber acumulado un número considerable de vivencias podrá uno apreciar o juzgar críticamente ciertas acciones realizadas en el pasado y comprender en qué se equivocó uno. En este caso se alude a la necesidad de tener experiencias para estar en posición aprender a juzgar de manera más balanceada o imparcial nuestras propias acciones.

d) 'Me queda poco tiempo'. Es claro, pienso que lo que se está afirmando es que uno ya no está o ya no se siente capacitado para hacer muchas cosas, que ya no tiene uno la estamina indispensable o las ganas de estar esforzándose para alcanzar nuevos objetivos y cosas por el estilo. Lo más ridículo que podría pensarse es que se está aludiendo a una alcancía de segundos que incesantemente se salen de ella y transitan del futuro al presente y de éste al pasado. La situación puede ser representada de esta manera, pero en todo caso no es más que una imagen que resulta de la aplicación de la métrica estándar para el tiempo, esto es, la imagen del tiempo como conformado por horas, minutos y segundos. Pero alguien puede afirmar que le queda poco tiempo sin tener la menor idea de lo que son los segundos.

Sobre la base de lo expuesto, podemos ahora sí retomar nuestra paradoja inicial. Señalemos, primero, que no queremos cuestionar la objetividad del tiempo. Lo que queremos es delinear su marco de aplicación y éste no es otro que la vida organizada socialmente y atrapada en las redes del lenguaje. El lenguaje, sin embargo, es de carácter esencialmente práctico. Allí donde las actividades cesan el concepto de tiempo deja de tener aplicación o, quizá mejor, queda esencialmente mutilado, lo cual es una forma de decir que queda inutilizado. Pero, por otra parte, el tiempo es, en terminología del *Tractatus*, una propiedad formal del mundo. Sin mundo y sin vida consciente, hablar del tiempo desde la perspectiva del sujeto es literalmente perder el tiempo. Ya vimos que de acuerdo con Wittgenstein con la muerte el mundo no se modifica, sino que llega a su término. En el *Tractatus* se nos hace también el siguiente recordatorio,

el cual es claramente relevantes para nuestro tema. Dice Wittgenstein: *La muerte no es ningún acontecimiento de la vida. La muerte no se vive*⁶.

Morir no es experimentar un cambio trascendente. Morir es dejar de tener experiencias y, por ende, dejar de ser un sujeto cognoscente y activo, pero precisamente por ello para la persona que fallece, *i.e.*, que deja de tener experiencias, el tiempo *eo ipso* deja de valer o, hablando nosotros en relación con esa persona, el concepto de tiempo deja de aplicársele. El tiempo ya no corre para ella, puesto que ella ya es ajena por completo a cualquier actividad, de la índole que sea. Esa es una cara de la moneda. La otra es que si el mundo llega a su fin para el sujeto de las experiencias, para la persona (“Yo soy mi mundo (El microcosmos)”)⁷, entonces por paradójico que suene el tiempo también. Una vez más, la cuestión más que factual es de lo que podríamos llamar ‘cadenas conceptuales’: decir que el mundo termina es decir que el concepto de tiempo deja de tener aplicación, validez, importancia, sentido. Con la muerte todo, mundo, tiempo y espacio, quedan definitivamente abolidos. La idea de que el tiempo y el espacio “siguen allí” es simplemente una expresión emotiva de la objetividad de nuestras nociones mientras éstas son operativas, se aplican o, quizá mejor, mientras tiene sentido aplicarlas. La muerte, esto es, la suspensión definitiva del regalo pasajero de la existencia, desprovee de sentido a su aplicación. Ahora sí, me parece, entendemos por qué da exactamente lo mismo estar muerto un día que un millón de años.

REFERENCIAS

MALCOLM, Norman. Memory and the Past, Three Forms of Memory” and “A Definition of Factual Memory. *In*: MALCOLM, Norman. **Knowledge and Certainty. Essays and Lectures**. Ithaca/London: Cornell University Press, 1963.

TOMASINI, Alejandro. **Intelligibility and Objectivity of Psychological Language**. Global Journal of Human social Science, Linguistic and Education, v. 21, Issue 3, version 1.0, 2021.

WITTGENSTEIN, Ludwig. **Tractatus Logico-Philosophicus**. London: Routledge and Kegan Paul, 1978.

⁶ L. Wittgenstein, *Tractatus*, 6.4311.

⁷ L. Wittgenstein, *Ibid.*, 5,63.

DADOS DO AUTOR

Alejandro Tomasini Bassols

Cuenta con una Licenciatura en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Master of Letters, University of Oxford, Doktorat Nauk Humanistycznych, Warsaw, Poland. Es autor de numerosos libros, artículos y reseñas. Es Miembro de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, México desde 1985. Email: altoba52@gmail.com